

www.revistas culturales.com

El portal de la **Asociación de Revistas Culturales de España**

Sábado, 11 de Octubre de 2008

Última actualización: 10 de Octubre de 2008 14:24:59 (CET)

Artículos > Pensamiento / Política



Tratar objetos como personas Cosificación, pornografía y la historia del vibrador

por **Jennifer Saul**

Pasajes nº 16, invierno 2005

La noción de cosificación, que a menudo se define vagamente como tratar a personas como objetos, ha sido durante mucho tiempo una preocupación central del feminismo, en especial con respecto al trato a mujeres como objetos. Recientemente las feministas han comenzado a mostrar su preocupación por algo estrechamente relacionado pero en principio más desconcertante, que es tratar objetos a modo de personas, algo a lo que me referiré como «personificación». Algunas feministas -desde luego no todas-, han destacado la pornografía como un tema de especial preocupación. Afirman que la pornografía está vinculada de forma importante con la cosificación de las mujeres. El reciente interés en la noción de personificación surge de la preocupación por la pornografía.

Catherine MacKinnon describe el uso de la pornografía como algo que conlleva «sexo entre personas y cosas, entre seres humanos y papeles impresos, entre varones de carne y hueso y mujeres irreales» (1993, 109). Rae Langton (1995) y Melinda Vadas (inédito), partiendo del trabajo de MacKinnon, ofrecen argumentos para afirmar que la personificación de la pornografía está constitutivamente conectada a la cosificación de las mujeres: esto es, cuando la pornografía se usa a modo de mujer, las mujeres sencillamente son usadas como objetos.

Esta afirmación, que Langton extrae del trabajo de Vadas, suena bastante disparatada. Y de hecho creo que los argumentos de Langton y Vadas están profundamente equivocados. Sin embargo, creo también que dicha afirmación, o posiblemente otra estrechamente relacionada con ella, es verdadera. Sí que existe una conexión constitutiva entre personificación y cosificación, pero la conexión que yo extraigo es muy diferente de la que Langton y Vadas sugieren. Y esta conexión, que es la que considero válida, no puede servir para argumentar en contra de la pornografía.

Cosificación, personificación y el argumento.

Tratar a personas como objetos (cosificación)

Vadas/Langton Se ha demostrado que es extremadamente difícil alcanzar una concepción clara de lo que es la cosificación, y de hecho existe una enorme variedad de perspectivas en la literatura [véase por ejemplo Haslanger (1993), Langton (1995) y Nussbaum (1999)]. La idea más generalizada es que cosificar es tratar a personas de un modo que sería apropiado para objetos pero no para personas. Por ejemplo, se puede decir que un varón cosifica a las mujeres si no tiene en cuenta las necesidades, deseos y fines de las mujeres, y las considera sólo un medio para su propia satisfacción sexual.

Tratar objetos como personas (personoficación)

Tratar objetos como personas, es decir, lo que yo llamo «personificación», es una noción muy poco estudiada. No obstante, resulta evidente que aquello a lo que se refiere no puede ser al resultado de tratar objetos como si fueran personas, sin más. Podemos ver esto a partir de una breve reflexión sobre el caso de la pornografía: nadie en su sano juicio afirmaría que el usuario normal y corriente interactúa con, digamos, una revista exactamente de la misma forma que lo haría si ésta fuera una persona.

El argumento Vadas-Langton a favor de la conexión constitutiva entre personificación y cosificación hace uso de una interpretación diferente de la noción de personificación. Según este argumento, un varón usa la pornografía a modo de mujer si la emplea para que desempeñe el rol, la función o la cualidad de una mujer. Vadas mantiene que eso es precisamente lo que sucede cuando se utiliza pornografía. (Los argumentos de Vadas y Langton se centran exclusivamente en el uso heterosexual masculino de la pornografía en la que aparecen mujeres.) De hecho, Vadas define pornografía como «cualquier objeto que haya sido fabricado para satisfacer el deseo sexual mediante su consumo sexual u otro uso sexual a modo de mujer» (Langton, 180; Vadas, 21-22). Vadas explica que «a modo de mujer» significa «en el rol, función o cualidad de» una mujer (Langton, 152). Para Vadas, el uso al que va destinada la pornografía es el de producir satisfacción sexual. (Me resulta extraño afirmar que la pornografía está pensada para satisfacer el deseo sexual, al menos tan extraño como afirmar que eso es lo que hace. Encontraría mucho más plausible mantener que la pornografía está hecha para suscitar el deseo sexual.) Esto parece que compromete a Vadas con la afirmación de que «el rol, función o cualidad» de una mujer es la de producir satisfacción sexual. Por definición, pues, usar pornografía es usar una cosa -una hoja impresa de papel, por ejemplo- a modo de mujer.

Llegados a este punto uno puede sentirse preocupado, como les pasó a muchos de mis estudiantes cuando discutíamos esto, ante lo siguiente: decir que usar pornografía implica usar hojas impresas de papel como mujeres, resulta bastante insultante para las mujeres. La afirmación sugiere que es posible identificar para qué son las mujeres y que dicha finalidad es la de generar satisfacción sexual masculina. En lugar de esto también es posible entender (como hicieron otros de mis estudiantes) que lo que la afirmación asume en realidad es que son los varones quienes conciben a las mujeres con una determinada finalidad -la de generar satisfacción sexual. Estos estudiantes encontraron la afirmación insultante para los varones. En mi opinión ambos grupos de estudiantes tienen todo el derecho a sentirse molestos, y volveré a estas preocupaciones más tarde, puesto que de hecho son cruciales para lo que argumentaré. Pero, por ahora, me gustaría dejar de lado este asunto.

El argumento

Langton y Vadas usan las afirmaciones reseñadas anteriormente para construir argumentos a favor de que «cuando los artefactos pornográficos son usados como mujeres, ipso facto las mujeres son tratadas como objetos» (Langton 1995, 179).

El argumento principal, que es el que me interesa aquí, se sirve de la afirmación de Vadas de que los objetos se identifican por sus funciones. Este principio tiene cierta plausibilidad como afirmación general -cuando uso mi sofá para dormir, es probablemente una cama, y cuando utilizo un plato como cenicero es un cenicero. Vadas considera que este principio es particularmente plausible cuando se trata de la satisfacción de apetitos: nada excepto la comida puede satisfacer el hambre, luego cualquier cosa capaz de cumplir la función de comida (satisfacer el hambre) tiene que ser comida.

Según Vadas, como ya vimos, pornografía es «cualquier objeto que haya sido fabricado para satisfacer el deseo sexual mediante su consumo sexual u otro uso sexual a modo de mujer» (Langton 1995, 180). Más aún, Vadas deja

claro que, en su opinión, el propósito de los fabricantes se cumple, esto es, que la pornografía se usa a modo de mujer. Esto por sí mismo sugiere que para ella la pornografía es una mujer. Pero el asunto es aún más claro, ya que el deseo sexual es un apetito. Nada podría satisfacer el deseo sexual excepto el objeto apropiado para ello. En opinión de Vadas, esto hace aún más evidente que lo que satisface el deseo sexual de los varones cuando usan pornografía tiene que ser una mujer. Los materiales pornográficos, por tanto, son mujeres (al menos cuando se usan según el propósito para el que van destinados).

Para Vadas, esto es mucho más que una sorprendente afirmación de carácter ontológico sobre la pornografía. Ella afirma que esto tiene además una consecuencia crucial: Vadas sugiere que las mujeres, debido a la pornografía, pertenecen a una categoría ontológica en la que están incluidas tanto ellas mismas como ciertos objetos inanimados, como por ejemplo hojas impresas de papel. Vadas defiende que, debido a esto, las mujeres están en una categoría de cosas que son no-necesariamente-personas, y que «acciones propias de las personas tales como el consentimiento son, por tanto, conceptualmente irrelevantes para el sexo con mujeres» (Langton 1995, 191; Vadas, 26-28).

Podemos entender entonces que Vadas afirma que hay una conexión constitutiva entre la personificación de la pornografía y la cosificación de las mujeres. Según este planteamiento, usar la pornografía a modo de mujeres las rebaja de personas a no-necesariamente- personas, ya que las sitúa en la misma categoría ontológica que a ciertos objetos, como por ejemplo papeles impresos. Tal y como Langton lo interpreta, esto es una forma de cosificación. Todas las mujeres son tratadas como objetos cuando se utiliza pornografía porque se las sitúa a todas en una categoría ontológica que incluye hojas de papel.

Hay muchas formas posibles de objetar a este argumento. A continuación señalo algunas de ellas:

- Se podría cuestionar la afirmación de que la pornografía se usa a modo de mujer. Que esto sea cierto me parece que está lejos de ser evidente, especialmente si consideramos cuidadosamente la idea de «rol, función o cualidad de una mujer» (algo que haremos con más detalle en breve).
- También se puede cuestionar la afirmación de que cualquier cosa que sea usada a modo de F sea F. Se puede cuestionar esto incluso cuando el uso del que estamos hablando es de carácter sexual. Imaginemos que una pareja lleva a la práctica una fantasía para lo cual un varón escenifica el papel de una mujer y satisface de este modo los deseos sexuales de otro varón. Aquél, según la descripción de Vadas, estaría siendo usado como una mujer. Si algo así ha sucedido alguna vez, lo que es muy probable, entonces los varones están en la misma categoría ontológica que las mujeres. Si las mujeres son cosificadas por haber sido situadas en la misma categoría ontológica en que hay hojas de papel, entonces los varones, ubicados en la misma categoría ontológica que mujeres y hojas de papel, son también cosificados.
- Aunque parece correcto afirmar que un apetito como el hambre sólo puede satisfacerse con un objeto apropiado (la comida), la analogía que hace Vadas con el deseo sexual es más problemática. La idea de que el deseo sexual tiene un objeto de satisfacción apropiado es en sí misma problemática, tanto como lo es la idea de que la pornografía por sí misma satisface ese deseo (más que, digamos, los movimientos concretos de las manos).

Entiendo que todos estos son problemas serios. Pero aunque encuentro que el argumento Vadas-Langton no es convincente, sí creo que existe una conexión constitutiva entre cosificación y personificación. Defenderé esto en parte al hilo de la discusión sobre el estudio de un caso histórico.

Estudio de un caso histórico: la historia del vibrador Desde los tiempos de Platón hasta mediados del siglo XX se pensaba que las mujeres eran propensas a padecer una enfermedad conocida como histeria. Los síntomas típicos incluían «ansiedad, insomnio, irritabilidad, nerviosismo, fantasías eróticas, sensación de pesadez en el estómago, edema en la zona inferior de la pelvis y lubricación vaginal». (Maines, 8) Como Maines apunta, muchos de estos síntomas «son los de la excitación crónica».

El tratamiento prescrito por Galeno en el siglo II, en cualquiera de sus variantes, fue dominante hasta principios del siglo XX. Esta es la descripción que hace Pieter van Forest en 1653 (citado en Maines, 1):

Cuando aparecen estos síntomas, creemos necesario pedir la ayuda de una comadrona para que masajee los

genitales con un dedo dentro... Y de esta manera la mujer aquejada puede ser excitada hasta el paroxismo. Este tipo de estimulación con el dedo la recomiendan Galeno y Avicena, entre otros, muy especialmente en el caso de viudas, mujeres que lleven una vida de castidad, y religiosas... se recomienda con menos frecuencia a... mujeres casadas, para las cuales resulta un mejor remedio tener relaciones sexuales con sus esposos.

Este tratamiento, el masaje genital manual, era administrado unas veces por doctores y otras por comadronas. A las mujeres casadas se les aconsejaba como tratamiento tener relaciones vigorosas con sus maridos. A otras pacientes se les aconsejaba montar a caballo, usar una mecedora y, más tarde, hacer viajes en tren.

El objetivo de estos tratamientos era inducir el «paroxismo histérico», que consistía en un enrojecimiento de la piel, respiración agitada, ausencia de reacción ante estímulos externos y una breve pérdida de control, después de la cual las pacientes se sentían mucho mejor. El paroxismo parecía encajar bien con lo que Platón entendía que era la histeria, a saber, el estado resultante de tener el útero inflamado recorriendo el cuerpo. El paroxismo era la consecuencia de atraer hacia su posición natural al útero, que a lo largo de este recorrido sofocaba y ahogaba a la paciente, lo que provocaba la respiración agitada. La expulsión de fluidos en el paroxismo y durante su preparación causaba que el útero se deshinchara y recuperara su tamaño normal.

Sin duda Maines acierta cuando postula que el paroxismo histérico era un orgasmo. Si también tiene razón (como parece probable) en que la mayoría de los casos de histeria eran el resultado de necesidades sexuales no satisfechas, entonces no resulta sorprendente que los tratamientos diseñados para inducir el paroxismo histérico fueran extremadamente efectivos proporcionando alivio, al menos temporalmente.

Los médicos encontraron la administración de estos tratamientos extremadamente lucrativos: a diferencia de muchos otros tratamientos, las pacientes verdaderamente disfrutaban con lo que los médicos hacían, y nunca se curaban, por lo que tenían que seguir acudiendo para recibir tratamiento. Pero había un inconveniente: para los médicos los tratamientos eran muy difíciles de administrar. Inducir un paroxismo histérico requería gran habilidad y llevaba su tiempo, de modo que a menudo el procedimiento era bastante agotador para el doctor. Así pues, buscaron métodos para ahorrarse trabajo. Uno de los métodos de más éxito consistía en dirigir cuidadosamente chorros de agua. En los siglos XVIII y XIX las curas de agua, diseñadas expresamente para mujeres, contribuyeron enormemente al éxito de los balnearios:

La primera impresión que producen los chorros de agua es dolorosa, pero pronto el efecto de la presión, la reacción del organismo al frío, que hace que la piel se ruborice, y el restablecimiento del equilibrio, todo ello les crea a muchas personas una sensación tan agradable que es necesario tener la precaución de evitar que prolonguen [ellas]a el tiempo prescrito, que suele ser cuatro o cinco minutos. Después de las duchas la paciente se seca, se vuelve a ajustar el corsé, y vuelve con paso enérgico a su habitación.

Henri Scoutetten, médico francés (texto de 1843) (Maines, 13)

Este tipo de cura de agua representó un tratamiento muy efectivo contra la histeria, además de resultar muy popular entre las pacientes. Sin embargo, habilitar instalaciones debidamente equipadas era extremadamente caro, y esto limitaba el número de pacientes que podían hacer uso del tratamiento y el número de doctores que podían proporcionarlos.

Había, por tanto, demanda de una forma menos cara de tecnología para ahorrarse trabajo, y esto fue lo que dio lugar a los vibradores mecánicos para las consultas de los médicos. Dichos vibradores tenían una enorme base (de varios pies de alto) y mecanismos de funcionamiento a vapor, y los médicos a veces montaban «quirófanos de vibración» especiales para administrar el tratamiento. Esta solución era muy satisfactoria tanto para los médicos como para las pacientes, si bien de una forma diferente en cada caso. Los médicos podían proporcionar de forma fácil y eficaz el tratamiento para la histeria a un gran número de mujeres, quienes no dejaban de volver con regularidad para recibir más tratamiento.

A comienzos del siglo XX, sin embargo, los vibradores caseros comenzaron a ser ofertados directamente a las mujeres en revistas femeninas y de costura, haciendo uso de reclamos como «Todos los placeres de la juventud... vibrarán dentro de ti» (Maines, 19). El vibrador estaba considerado un aparato doméstico perfectamente respetable para la administración en el hogar de un tratamiento médico que restablecía la juventud y la alegría. Más y más

mujeres de esta época dejaron de visitar a los médicos para recibir tratamiento porque ahora ya podían tratar su histeria en casa. El vibrador desempeñó este respetable papel hasta que empezó a aparecer en películas pornográficas en los años veinte. En ese momento acabó su vida como instrumento médico.

Análisis del estudio de caso

La historia del vibrador, en mi opinión, ofrece un ejemplo plausible de personificación, esto es, de usar un objeto a modo de persona. Podemos ver un proceso por el cual la tarea de darle a alguien satisfacción sexual, que en su momento era realizada por personas (médicos o comadronas) se confía gradualmente, y cada vez más por entero, a objetos (vibradores mecánicos). Las mujeres solían contratar a médicos para que ellos mismos las satisficieran sexualmente. Más tarde empezaron a contratar a médicos para que les proporcionaran satisfacción sexual con la ayuda de la tecnología. Finalmente, se encontraron con que el rol de los médicos podía ser enteramente cumplido por la tecnología, y de este modo los vibradores vinieron a desempeñar exactamente la misma función sexual que los médicos habían tenido antes. Las mujeres, por tanto, estaban usando los vibradores en el rol, función o cualidad de médicos. Este caso se parece, por tanto, a un caso de personificación. De hecho parece un buen candidato a ser un caso de personificación sexual y, por tanto, perfecto para compararlo con el caso de la pornografía.

Lo primero que me propongo considerar sobre el ejemplo es la pregunta de por qué no parece insultante (ni para las mujeres ni para los médicos) decir que las mujeres estaban usando los vibradores como sustitutos de los médicos, o que los vibradores estaban desempeñando el papel de los médicos. Pretendo comparar esto con la inquietud, antes mencionada, que muchos de mis estudiantes y yo sentíamos al aseverar que los hombres utilizan la pornografía para que cumpla el papel de las mujeres, y por tanto que la usan a modo de mujeres. Antes, sin embargo, veamos más de cerca esta inquietud.

La afirmación «los varones emplean la pornografía para que cumpla el papel de las mujeres» parece llevar implícita una presuposición sobre el papel de las mujeres. A primera vista, de hecho, lleva implícita una presuposición referencial directa: que hay un único papel de las mujeres. Esta presuposición es probablemente una de las razones que explican el malestar de mis estudiantes: no querían aseverar o aceptar ninguna afirmación que les comprometiera con una visión tan limitada de las mujeres. Si añadíamos a esta presuposición la idea de que el papel de las mujeres es producir satisfacción sexual a los varones, mis estudiantes se ofendían cada vez más: no querían de ningún modo aceptar esta afirmación. Mis estudiantes entienden que ambas afirmaciones son insultantes para las mujeres, e insisten en que nadie que se tome en serio a las mujeres y su sexualidad debería aceptarlas.

No obstante, podemos hacer una lectura alternativa. Según esta lectura, son los varones (no quienes aseveran o aprueban dicha afirmación) quienes están presuponiendo que las mujeres tienen un rol único. Quien asevera o está de acuerdo con la afirmación no está necesariamente comprometido con la idea de que las mujeres tengan un único rol. Sin embargo sí lo estarían los varones; en el debate en cuestión, además, se dice de ellos que estarían comprometidos con la idea de que esta función es la de producir excitación sexual a los varones. Estas afirmaciones sobre la visión que los varones tienen de las mujeres también molestan a mis estudiantes: las encuentran insultantes para ellos. Más aún, insisten en que estas afirmaciones no son ciertas: los hombres no consideran que las mujeres tengan una única función de tipo sexual, la de producir satisfacción sexual a los varones.

Sin embargo no parece tan problemático hablar sobre mujeres que usan vibradores para que cumplan el rol de los médicos, y creo que esto es porque no tenemos problema alguno en aceptar, o en entender que otros acepten, la idea de que el papel del médico en el tratamiento de la histeria es precisamente el que desempeña el vibrador. Probablemente, la razón de que esto no parezca problemático es que «médico» es el nombre de un trabajo. No parece erróneo hablar de la función de un médico, pero sí parece problemático considerar que «mujer» sea el nombre de un trabajo, y hablar, por tanto, de la función de una mujer.

Creo además que nos sentimos más cómodos con la idea de que el vibrador en efecto está cumpliendo el papel de un médico que con la idea de que la pornografía está cumpliendo el papel de una mujer. La razón de esto, me parece, no está desvinculada de lo que acabamos de discutir: la función del médico en el tratamiento de la histeria está definido claramente. Lo que las mujeres querían cuando acudían a sus médicos era que se les administrara algún procedimiento que culminara con el paroxismo histérico, y probablemente no les importaba demasiado qué procedimiento fuera, quién lo aplicara, o qué relación tuvieran con esa persona. Suponer que lo que los varones quieren del sexo con mujeres pueda ser definido de esa forma tan limitada parece menos probable. Así que mientras

que es fácil ver que un aparato mecánico podía desempeñar para las mujeres el papel que cumplían los médicos, no es tan fácil ver que un artículo pornográfico pueda cumplir el rol sexual que las mujeres desempeñan para los varones (si es que hay tal rol, algo que, como ya vimos, tenemos razones para dudar). De modo que no solamente encontramos menos insultante la afirmación de que los vibradores cumplen la función de los médicos que la de que la pornografía está haciendo el papel de las mujeres, también tendemos a pensar que es más probable que sea cierta.

Por lo tanto, la idea de que las mujeres del estudio de caso usaban vibradores para que desempeñaran la función de los médicos (a modo de médicos), parece más claramente verdadera que la idea de que los varones usan la pornografía para que cumpla el papel de las mujeres (a modo de mujeres). Ya hemos empezado a ver por qué es esto: en mi opinión es porque no vemos que sea problemático suponer que los médicos tuvieran un rol claramente definido en el tratamiento de la histeria, rol que podemos ver, sin ningún problema, que cumplen los vibradores. ¿Qué necesitaríamos entonces para concebir el uso de la pornografía por parte de los varones como un caso claro de personificación? Es decir, ¿cuando podríamos entender que es correcto decir que la pornografía cumple, para el varón que la utiliza, el papel de una mujer? La respuesta, en mi opinión, es clara: entenderíamos que decir eso es correcto en la medida en que el varón que usa pornografía piense que las mujeres tienen un rol claramente definido, siendo ese rol sencillamente el de proporcionar satisfacción sexual a los varones. Si el usuario de pornografía pensara eso de las mujeres, entonces se podría decir que usa la pornografía a modo de mujer, puesto que la estaría usando para que haga el papel que él atribuye a las mujeres. Si vacilamos a la hora de decir que los varones usan la pornografía a modo de mujeres, como de hecho me pasa a mí misma, es porque:

a) o bien no creemos que los hombres piensen así de las mujeres porque tenemos en mente a varones que no piensan así de las mujeres, o

b) porque nos sentimos incómodos diciendo algo que se podría considerar que nos compromete con la visión de que las mujeres tienen ese rol.

Ahora ya podemos empezar a ver un vínculo entre personificación y cosificación. Los únicos usuarios de pornografía de los que se puede decir que la usan a modo de mujer son aquellos que consideran que las mujeres tienen un rol claramente definido, el de proporcionar satisfacción sexual a los varones. En mi opinión, tenderíamos a considerar a un varón así como alguien que cosifica a las mujeres. Y hay una buena razón para esto: un varón así trata a las mujeres meramente como un medio para sus propios fines (y los de otros varones).

Tratar a alguien meramente como un medio se considera a menudo la principal forma de cosificación. Si esto es correcto, entonces los varones que usan la pornografía a modo de mujeres serán sencillamente aquellos que cosifican a las mujeres, puesto que de otro modo no podríamos decir de ellos que usan pornografía a modo de mujer.

¿Pero qué ocurre con las mujeres de nuestro estudio de caso? Tal y como sugería, parece acertado decir que usaban los vibradores para que cumplieran el papel de los médicos, y que por tanto usaban los vibradores como médicos. Si esto es correcto, obviamente la siguiente pregunta (en este contexto) es si esto estaba conectado con algún sentido de cosificación.

Lo primero en lo que hay que fijarse es que, en mi opinión, el hecho de que las mujeres usaran los vibradores para que cumplieran la función de los médicos no hace que nos preocupemos por si las mujeres estaban cosificando a los hombres, o más concretamente, por si estaban cosificando a los médicos. De hecho, si hay algo que nos molesta de todo esto, parece más bien que se medicalizaran y malentendieran las necesidades y deseos sexuales de las mujeres.

Pero el hecho de que lo que estas mujeres hacían no nos produzca ningún reparo moral no contesta todavía a la pregunta de si estaban o no cosificando a los médicos. Las mujeres de nuestro estudio de caso veían a los médicos con un rol claramente definido en el tratamiento de la histeria, y sentían que ese rol podía ser igualmente desempeñado por vibradores.

En cierto sentido, las mujeres estaban tratando a los médicos meramente como medios para sus propios fines, y por tanto, probablemente, en algún sentido los estaban cosificando. Sin embargo no parece tan evidente que esto fuera

algo malo. Quizá pues la moraleja sea que no toda cosificación es mala. (Aunque puede que sea conveniente señalar que probablemente sí que pensamos que sería mejor que las mujeres no tuvieran que ver así a los médicos, es decir, que fueran capaces de obtener satisfacción sexual de relaciones plenas con otras personas, o incluso de dársela a sí mismas, más que tener que contratar a alguien que lo hiciera por ellas.)

Otra posibilidad es que lo que estas mujeres estaban haciendo no constituyera un caso de cosificación. Es decir, tratar a otras personas meramente como un medio para los fines propios, aunque está conectado de forma importante con la cosificación, no es suficiente por sí mismo para decir que hay cosificación. Esto parece razonable. Después de todo, es muy común usar a personas para que realicen una función, y a menudo éstas son funciones que pueden realizar objetos -por ejemplo, un lavavajillas. Sería muy extraño mantener que cada vez que usamos a una persona para que desempeñe una función como ésa constituya un caso de cosificación. Esto sugiere que se necesita algún elemento más para poder hablar de cosificación. No obstante, tratar a una persona meramente como un medio parece estar estrechamente vinculado a la cosificación -como mínimo, es una condición necesaria clave de una forma fundamental de cosificación. Puede entenderse por tanto que el trato de las mujeres hacia sus médicos involucraba un componente crucial de la cosificación. Pero para determinar si estas mujeres estaban cosificando a sus médicos o no necesitaríamos averiguar exactamente qué se requiere para poder hablar de cosificación, y esto es algo que excede los propósitos de este trabajo.

Hemos visto que, sorprendentemente, la personificación y la cosificación parecen estar conectadas, después de todo. La conexión real es que la personificación presupone un elemento crucial de la cosificación: se puede atribuir personificación a alguien si también podemos tomar por verdadera la correspondiente atribución de que trata a otros meramente como medios para sus propios fines. Si pensamos que un varón en particular considera que el rol de las mujeres es simplemente el de proporcionarle placer sexual, nos sentiríamos bastante cómodos diciendo de él que usa la pornografía para que desempeñe el papel de una mujer, o incluso que usa la pornografía a modo de mujer. Pero es que ese varón ya es alguien que ve y trata a las mujeres sencillamente como un instrumento para conseguir sus fines. Esto indica que ya está presente un elemento crucial de la cosificación.

La verdadera conexión entre personificación y cosificación

Más aún, al contrario que en el resbaladizo caso de las mujeres y sus médicos, parece bastante claro que un varón así es alguien que cosifica a las mujeres. Así que es el hecho de que cosifica a las mujeres lo que nos permite decir que personifica la pornografía. Si por el contrario, un varón no piensa que las mujeres tengan un rol claramente definido, entonces no tendrá sentido decir de él que usa la pornografía a modo de mujer. No podemos entender en qué consistiría que la pornografía desempeñara el rol de una mujer cuando estamos hablando de alguien que no asigna ningún rol particular a las mujeres (esto es, si nosotros mismos no asignamos ningún rol a las mujeres).

¿Qué grado de conexión hay, entonces, entre el uso de la pornografía como mujer por parte de los varones y la cosificación de las mujeres? Bien, la respuesta es compleja. No siempre pensaremos que es correcto describir el uso masculino de la pornografía como un varón usando la pornografía a modo de mujer. (De hecho, muchos de nosotros pensaremos en muchas ocasiones que esta descripción es incorrecta.) Pero cuando sí creamos que es correcta, será porque pensamos que el varón en cuestión es ya alguien que cosifica a las mujeres.

He concluido por tanto que existe una conexión entre personificación y cosificación, y que ésta no se limita al uso masculino de la pornografía y de hecho puede que no sea ejemplificada por él. Más bien esta conexión consiste en que, en general, no podemos entender realmente que alguien está personificando objetos a menos que ya pensemos que tiene esa determinada actitud que constituye un elemento clave de la cosificación. No necesitamos preocuparnos, por tanto, por que la personificación de cosas conduzca a la cosificación de las personas. Si acaso, deberíamos preocuparnos por el hecho de que la cosificación de personas conduzca a la personificación de objetos, pero dado que esto no nos preocupa moralmente no es muy probable que nos vaya a quitar el sueño.

Traducción de Marta I. Moreno Pizarro

Referencias bibliográficas

Haslanger, Sally (1993), «On Being Objective and Being Objectified» en Louise M.

Antony y Charlotte Witt, *A Mind of One's Own: Feminist Essays on Reason and Objectivity*, Boulder, CO, Westview, págs. 85-126.

Langton, Rae (1993), «Speech Acts and Unspeakable Acts», *Philosophy and Public Affairs* 22, 4, págs. 293-330.

- (1995), «Sexual Solipsism», *Philosophical Topics* 23, 2, págs.149-187.

MacKinnon, Catharine, (1993) *Only Words*. Cambridge, MA, Harvard University Press.

Maines, Rachel (1998), *The Technology of Orgasm: «Hysteria,» the Vibrator and Women's Sexual Satisfaction*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.

Nussbaum, Martha C. (1999), Objectification. En Nussbaum, *Sex and Social Justice*. Oxford, Oxford University Press, págs.213-239.

Vadas, Melinda (inédito), «The Manufacture- for-use of Pornography and Women's Inequality».

Winterson, Jeanette (1992), *Written on the Body*, Londres, Jonathan Cape.

Jennifer Saul es doctora en Filosofía por la Universidad de Princeton (EEUU) y en la actualidad profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Sheffield (Reino

Unido). Su campo de trabajo principal es la filosofía del lenguaje y el feminismo. Entre sus obras cabe destacar *Feminism: Issues & Arguments* (Oxford University Press,

1993). En 2003 recibió el Premio Philip Leverhulme.

La noción de cosificación, que a menudo se define vagamente como tratar a personas como objetos, ha sido durante mucho tiempo una preocupación central del feminismo, en especial con respecto al trato a mujeres como objetos. Recientemente las feministas han comenzado a mostrar su preocupación por algo estrechamente relacionado pero en principio más desconcertante, que es tratar objetos a modo de personas, algo a lo que me referiré como «personificación». Algunas feministas -desde luego no todas-, han destacado la pornografía como un tema de especial preocupación. Afirman que la pornografía está vinculada de forma importante con la cosificación de las mujeres. El reciente interés en la noción de personificación surge de la preocupación por la pornografía.

Catherine MacKinnon describe el uso de la pornografía como algo que conlleva «sexo entre personas y cosas, entre seres humanos y papeles impresos, entre varones de carne y hueso y mujeres irreales» (1993, 109). Rae Langton (1995) y Melinda Vadas (inédito), partiendo del trabajo de MacKinnon, ofrecen argumentos para afirmar que la personificación de la pornografía está constitutivamente conectada a la cosificación de las mujeres: esto es, cuando la pornografía se usa a modo de mujer, las mujeres sencillamente son usadas como objetos.

Esta afirmación, que Langton extrae del trabajo de Vadas, suena bastante disparatada. Y de hecho creo que los argumentos de Langton y Vadas están profundamente equivocados. Sin embargo, creo también que dicha afirmación, o posiblemente otra estrechamente relacionada con ella, es verdadera. Sí que existe una conexión constitutiva entre personificación y cosificación, pero la conexión que yo extraigo es muy diferente de la que Langton y Vadas sugieren. Y esta conexión, que es la que considero válida, no puede servir para argumentar en contra de la pornografía.

Cosificación, personificación y el argumento.

Tratar a personas como objetos (cosificación)

Vadas/Langton Se ha demostrado que es extremadamente difícil alcanzar una concepción clara de lo que es la cosificación, y de hecho existe una enorme variedad de perspectivas en la literatura [véase por ejemplo Haslanger (1993), Langton (1995) y Nussbaum (1999)]. La idea más generalizada es que cosificar es tratar a personas de un modo que sería apropiado para objetos pero no para personas. Por ejemplo, se puede decir que un varón cosifica a las mujeres si no tiene en cuenta las necesidades, deseos y fines de las mujeres, y las considera sólo un medio para su propia satisfacción sexual.

Tratar objetos como personas (personoficación)

Tratar objetos como personas, es decir, lo que yo llamo «personificación», es una noción muy poco estudiada. No obstante, resulta evidente que aquello a lo que se refiere no puede ser al resultado de tratar objetos como si fueran personas, sin más. Podemos ver esto a partir de una breve reflexión sobre el caso de la pornografía: nadie en su sano juicio afirmaría que el usuario normal y corriente interactúa con, digamos, una revista exactamente de la misma forma que lo haría si ésta fuera una persona.

El argumento Vadas-Langton a favor de la conexión constitutiva entre personificación y cosificación hace uso de una interpretación diferente de la noción de personificación. Según este argumento, un varón usa la pornografía a modo de mujer si la emplea para que desempeñe el rol, la función o la cualidad de una mujer. Vadas mantiene que eso es precisamente lo que sucede cuando se utiliza pornografía. (Los argumentos de Vadas y Langton se centran exclusivamente en el uso heterosexual masculino de la pornografía en la que aparecen mujeres.) De hecho, Vadas define pornografía como «cualquier objeto que haya sido fabricado para satisfacer el deseo sexual mediante su consumo sexual u otro uso sexual a modo de mujer» (Langton, 180; Vadas, 21-22). Vadas explica que «a modo de mujer» significa «en el rol, función o cualidad de» una mujer (Langton, 152). Para Vadas, el uso al que va destinada la pornografía es el de producir satisfacción sexual. (Me resulta extraño afirmar que la pornografía está pensada para satisfacer el deseo sexual, al menos tan extraño como afirmar que eso es lo que hace. Encontraría mucho más plausible mantener que la pornografía está hecha para suscitar el deseo sexual.) Esto parece que compromete a Vadas con la afirmación de que «el rol, función o cualidad» de una mujer es la de producir satisfacción sexual. Por definición, pues, usar pornografía es usar una cosa -una hoja impresa de papel, por ejemplo- a modo de mujer.

Llegados a este punto uno puede sentirse preocupado, como les pasó a muchos de mis estudiantes cuando discutíamos esto, ante lo siguiente: decir que usar pornografía implica usar hojas impresas de papel como mujeres, resulta bastante insultante para las mujeres. La afirmación sugiere que es posible identificar para qué son las mujeres y que dicha finalidad es la de generar satisfacción sexual masculina. En lugar de esto también es posible entender (como hicieron otros de mis estudiantes) que lo que la afirmación asume en realidad es que son los varones quienes conciben a las mujeres con una determinada finalidad -la de generar satisfacción sexual. Estos estudiantes encontraron la afirmación insultante para los varones. En mi opinión ambos grupos de estudiantes tienen todo el derecho a sentirse molestos, y volveré a estas preocupaciones más tarde, puesto que de hecho son cruciales para lo que argumentaré. Pero, por ahora, me gustaría dejar de lado este asunto.

El argumento

Langton y Vadas usan las afirmaciones reseñadas anteriormente para construir argumentos a favor de que «cuando los artefactos pornográficos son usados como mujeres, ipso facto las mujeres son tratadas como objetos» (Langton 1995, 179).

El argumento principal, que es el que me interesa aquí, se sirve de la afirmación de Vadas de que los objetos se identifican por sus funciones. Este principio tiene cierta plausibilidad como afirmación general -cuando uso mi sofá para dormir, es probablemente una cama, y cuando utilizo un plato como cenicero es un cenicero. Vadas considera que este principio es particularmente plausible cuando se trata de la satisfacción de apetitos: nada excepto la comida puede satisfacer el hambre, luego cualquier cosa capaz de cumplir la función de comida (satisfacer el hambre) tiene que ser comida.

Según Vadas, como ya vimos, pornografía es «cualquier objeto que haya sido fabricado para satisfacer el deseo sexual mediante su consumo sexual u otro uso sexual a modo de mujer» (Langton 1995, 180). Más aún, Vadas deja claro que, en su opinión, el propósito de los fabricantes se cumple, esto es, que la pornografía se usa a modo de mujer. Esto por sí mismo sugiere que para ella la pornografía es una mujer. Pero el asunto es aún más claro, ya que el deseo sexual es un apetito. Nada podría satisfacer el deseo sexual excepto el objeto apropiado para ello. En opinión de Vadas, esto hace aún más evidente que lo que satisface el deseo sexual de los varones cuando usan pornografía tiene que ser una mujer. Los materiales pornográficos, por tanto, son mujeres (al menos cuando se usan según el propósito para el que van destinados).

Para Vadas, esto es mucho más que una sorprendente afirmación de carácter ontológico sobre la pornografía. Ella afirma que esto tiene además una consecuencia crucial: Vadas sugiere que las mujeres, debido a la pornografía, pertenecen a una categoría ontológica en la que están incluidas tanto ellas mismas como ciertos objetos inanimados, como por ejemplo hojas impresas de papel. Vadas defiende que, debido a esto, las mujeres están en una categoría de cosas que son no-necesariamente-personas, y que «acciones propias de las personas tales como el consentimiento son, por tanto, conceptualmente irrelevantes para el sexo con mujeres» (Langton 1995, 191; Vadas, 26-28).

Podemos entender entonces que Vadas afirma que hay una conexión constitutiva entre la personificación de la pornografía y la cosificación de las mujeres. Según este planteamiento, usar la pornografía a modo de mujeres las rebaja de personas a no-necesariamente- personas, ya que las sitúa en la misma categoría ontológica que a ciertos objetos, como por ejemplo papeles impresos. Tal y como Langton lo interpreta, esto es una forma de cosificación. Todas las mujeres son tratadas como objetos cuando se utiliza pornografía porque se las sitúa a todas en una categoría ontológica que incluye hojas de papel.

Hay muchas formas posibles de objetar a este argumento. A continuación señalo algunas de ellas:

- Se podría cuestionar la afirmación de que la pornografía se usa a modo de mujer. Que esto sea cierto me parece que está lejos de ser evidente, especialmente si consideramos cuidadosamente la idea de «rol, función o cualidad de una mujer» (algo que haremos con más detalle en breve).
- También se puede cuestionar la afirmación de que cualquier cosa que sea usada a modo de F sea F. Se puede cuestionar esto incluso cuando el uso del que estamos hablando es de carácter sexual. Imaginemos que una pareja lleva a la práctica una fantasía para lo cual un varón escenifica el papel de una mujer y satisface de este modo los deseos sexuales de otro varón. Aquél, según la descripción de Vadas, estaría siendo usado como una mujer. Si algo así ha sucedido alguna vez, lo que es muy probable, entonces los varones están en la misma categoría ontológica que las mujeres. Si las mujeres son cosificadas por haber sido situadas en la misma categoría ontológica en que hay hojas de papel, entonces los varones, ubicados en la misma categoría ontológica que mujeres y hojas de papel, son también cosificados.
- Aunque parece correcto afirmar que un apetito como el hambre sólo puede satisfacerse con un objeto apropiado (la comida), la analogía que hace Vadas con el deseo sexual es más problemática. La idea de que el deseo sexual tiene un objeto de satisfacción apropiado es en sí misma problemática, tanto como lo es la idea de que la pornografía por sí misma satisface ese deseo (más que, digamos, los movimientos concretos de las manos).

Entiendo que todos estos son problemas serios. Pero aunque encuentro que el argumento

Vadas-Langton no es convincente, sí creo que existe una conexión constitutiva entre cosificación y personificación.

Defenderé esto en parte al hilo de la discusión sobre el estudio de un caso histórico.

Estudio de un caso histórico: la historia del vibrador Desde los tiempos de Platón hasta mediados del siglo XX se pensaba que las mujeres eran propensas a padecer una enfermedad conocida como histeria. Los síntomas típicos incluían «ansiedad, insomnio, irritabilidad, nerviosismo, fantasías eróticas, sensación de pesadez en el estómago, edema en la zona inferior de la pelvis y lubricación vaginal». (Maines, 8) Como Maines apunta, muchos de estos síntomas «son los de la excitación crónica».

El tratamiento prescrito por Galeno en el siglo II, en cualquiera de sus variantes, fue dominante hasta principios del siglo XX. Esta es la descripción que hace Pieter van Forest en 1653 (citado en Maines, 1):

Quando aparecen estos síntomas, creemos necesario pedir la ayuda de una comadrona para que masajee los genitales con un dedo dentro... Y de esta manera la mujer aquejada puede ser excitada hasta el paroxismo. Este tipo de estimulación con el dedo la recomiendan Galeno y Avicena, entre otros, muy especialmente en el caso de viudas, mujeres que lleven una vida de castidad, y religiosas... se recomienda con menos frecuencia a... mujeres casadas, para las cuales resulta un mejor remedio tener relaciones sexuales con sus esposos.

Este tratamiento, el masaje genital manual, era administrado unas veces por doctores y otras por comadronas. A las mujeres casadas se les aconsejaba como tratamiento tener relaciones vigorosas con sus maridos. A otras pacientes se les aconsejaba montar a caballo, usar una mecedora y, más tarde, hacer viajes en tren.

El objetivo de estos tratamientos era inducir el «paroxismo histérico», que consistía en un enrojecimiento de la piel, respiración agitada, ausencia de reacción ante estímulos externos y una breve pérdida de control, después de la cual las pacientes se sentían mucho mejor. El paroxismo parecía encajar bien con lo que Platón entendía que era la histeria, a saber, el estado resultante de tener el útero inflamado recorriendo el cuerpo. El paroxismo era la consecuencia de atraer hacia su posición natural al útero, que a lo largo de este recorrido sofocaba y ahogaba a la paciente, lo que provocaba la respiración agitada. La expulsión de fluidos en el paroxismo y durante su preparación causaba que el útero se deshinchara y recuperara su tamaño normal.

Sin duda Maines acierta cuando postula que el paroxismo histérico era un orgasmo. Si también tiene razón (como parece probable) en que la mayoría de los casos de histeria eran el resultado de necesidades sexuales no satisfechas, entonces no resulta sorprendente que los tratamientos diseñados para inducir el paroxismo histérico fueran extremadamente efectivos proporcionando alivio, al menos temporalmente.

Los médicos encontraron la administración de estos tratamientos extremadamente lucrativos: a diferencia de muchos otros tratamientos, las pacientes verdaderamente disfrutaban con lo que los médicos hacían, y nunca se curaban, por lo que tenían que seguir acudiendo para recibir tratamiento. Pero había un inconveniente: para los médicos los tratamientos eran muy difíciles de administrar. Inducir un paroxismo histérico requería gran habilidad y llevaba su tiempo, de modo que a menudo el procedimiento era bastante agotador para el doctor. Así pues, buscaron métodos para ahorrarse trabajo. Uno de los métodos de más éxito consistía en dirigir cuidadosamente chorros de agua. En los siglos XVIII y XIX las curas de agua, diseñadas expresamente para mujeres, contribuyeron enormemente al éxito de los balnearios:

La primera impresión que producen los chorros de agua es dolorosa, pero pronto el efecto de la presión, la reacción del organismo al frío, que hace que la piel se ruborice, y el restablecimiento del equilibrio, todo ello les crea a muchas personas una sensación tan agradable que es necesario tener la precaución de evitar que prolonguen [ellas]a el tiempo prescrito, que suele ser cuatro o cinco minutos. Después de las duchas la paciente se seca, se vuelve a ajustar el corsé, y vuelve con paso enérgico a su habitación.

Henri Scoutetten, médico francés (texto de 1843) (Maines, 13)

Este tipo de cura de agua representó un tratamiento muy efectivo contra la histeria, además de resultar muy popular entre las pacientes. Sin embargo, habilitar instalaciones debidamente equipadas era extremadamente caro, y esto limitaba el número de pacientes que podían hacer uso del tratamiento y el número de doctores que podían proporcionarlos.

Había, por tanto, demanda de una forma menos cara de tecnología para ahorrarse trabajo, y esto fue lo que dio lugar a los vibradores mecánicos para las consultas de los médicos. Dichos vibradores tenían una enorme base (de varios pies de alto) y mecanismos de funcionamiento a vapor, y los médicos a veces montaban «quirófanos de vibración» especiales para administrar el tratamiento. Esta solución era muy satisfactoria tanto para los médicos como para las pacientes, si bien de una forma diferente en cada caso. Los médicos podían proporcionar de forma fácil y eficaz el tratamiento para la histeria a un gran número de mujeres, quienes no dejaban de volver con regularidad para recibir más tratamiento.

A comienzos del siglo XX, sin embargo, los vibradores caseros comenzaron a ser ofertados directamente a las mujeres en revistas femeninas y de costura, haciendo uso de reclamos como «Todos los placeres de la juventud... vibrarán dentro de ti» (Maines, 19). El vibrador estaba considerado un aparato doméstico perfectamente respetable para la administración en el hogar de un tratamiento médico que restablecía la juventud y la alegría. Más y más mujeres de esta época dejaron de visitar a los médicos para recibir tratamiento porque ahora ya podían tratar su histeria en casa. El vibrador desempeñó este respetable papel hasta que empezó a aparecer en películas pornográficas en los años veinte. En ese momento acabó su vida como instrumento médico.

Análisis del estudio de caso

La historia del vibrador, en mi opinión, ofrece un ejemplo plausible de personificación, esto es, de usar un objeto a modo de persona. Podemos ver un proceso por el cual la tarea de darle a alguien satisfacción sexual, que en su momento era realizada por personas (médicos o comadronas) se confía gradualmente, y cada vez más por entero, a objetos (vibradores mecánicos). Las mujeres solían contratar a médicos para que ellos mismos las satisficieran sexualmente. Más a En el original aparece entre corchetes la palabra francesa del texto citado «elles» (N. de la T.) tarde empezaron a contratar a médicos para que les proporcionaran satisfacción sexual con la ayuda de la tecnología. Finalmente, se encontraron con que el rol de los médicos podía ser enteramente cumplido por la tecnología, y de este modo los vibradores vinieron a desempeñar exactamente la misma función sexual que los médicos habían tenido antes. Las mujeres, por tanto, estaban usando los vibradores en el rol, función o cualidad de médicos. Este caso se parece, por tanto, a un caso de personificación. De hecho parece un buen candidato a ser un caso de personificación sexual y, por tanto, perfecto para compararlo con el caso de la pornografía.

Lo primero que me propongo considerar sobre el ejemplo es la pregunta de por qué no parece insultante (ni para las mujeres ni para los médicos) decir que las mujeres estaban usando los vibradores como sustitutos de los médicos, o que los vibradores estaban desempeñando el papel de los médicos. Pretendo comparar esto con la inquietud, antes mencionada, que muchos de mis estudiantes y yo sentíamos al aseverar que los hombres utilizan la pornografía para que cumpla el papel de las mujeres, y por tanto que la usan a modo de mujeres. Antes, sin embargo, veamos más de cerca esta inquietud.

La afirmación «los varones emplean la pornografía para que cumpla el papel de las mujeres» parece llevar implícita una presuposición sobre el papel de las mujeres. A primera vista, de hecho, lleva implícita una presuposición referencial directa: que hay un único papel de las mujeres. Esta presuposición es probablemente una de las razones que explican el malestar de mis estudiantes: no querían aseverar o aceptar ninguna afirmación que les comprometiera con una visión tan limitada de las mujeres. Si añadíamos a esta presuposición la idea de que el papel de las mujeres es producir satisfacción sexual a los varones, mis estudiantes se ofendían cada vez más: no querían de ningún modo aceptar esta afirmación. Mis estudiantes entienden que ambas afirmaciones son insultantes para las mujeres, e insisten en que nadie que se tome en serio a las mujeres y su sexualidad debería aceptarlas.

No obstante, podemos hacer una lectura alternativa. Según esta lectura, son los varones (no quienes aseveran o aprueban dicha afirmación) quienes están presuponiendo que las mujeres tienen un rol único. Quien asevera o está de acuerdo con la afirmación no está necesariamente comprometido con la idea de que las mujeres tengan un único rol. Sin embargo sí lo estarían los varones; en el debate en cuestión, además, se dice de ellos que estarían comprometidos con la idea de que esta función es la de producir excitación sexual a los varones. Estas afirmaciones sobre la visión que los varones tienen de las mujeres también molestan a mis estudiantes: las encuentran insultantes para ellos. Más aún, insisten en que estas afirmaciones no son ciertas: los hombres no consideran que las mujeres tengan una única función de tipo sexual, la de producir satisfacción sexual a los varones.

Sin embargo no parece tan problemático hablar sobre mujeres que usan vibradores para que cumplan el rol de los médicos, y creo que esto es porque no tenemos problema alguno en aceptar, o en entender que otros acepten, la idea de que el papel del médico en el tratamiento de la histeria es precisamente el que desempeña el vibrador. Probablemente, la razón de que esto no parezca problemático es que «médico» es el nombre de un trabajo. No parece erróneo hablar de la función de un médico, pero sí parece problemático considerar que «mujer» sea el nombre de un trabajo, y hablar, por tanto, de la función de una mujer.

Creo además que nos sentimos más cómodos con la idea de que el vibrador en efecto está cumpliendo el papel de un médico que con la idea de que la pornografía está cumpliendo el papel de una mujer. La razón de esto, me parece, no está desvinculada de lo que acabamos de discutir: la función del médico en el tratamiento de la histeria está definido claramente. Lo que las mujeres querían cuando acudían a sus médicos era que se les administrara algún procedimiento que culminara con el paroxismo histérico, y probablemente no les importaba demasiado qué procedimiento fuera, quién lo aplicara, o qué relación tuvieran con esa persona. Suponer que lo que los varones quieren del sexo con mujeres pueda ser definido de esa forma tan limitada parece menos probable. Así que mientras que es fácil ver que un aparato mecánico podía desempeñar para las mujeres el papel que cumplían los médicos, no es tan fácil ver que un artículo pornográfico pueda cumplir el rol sexual que las mujeres desempeñan para los varones (si es que hay tal rol, algo que, como ya vimos, tenemos razones para dudar). De modo que no solamente encontramos menos insultante la afirmación de que los vibradores cumplen la función de los médicos que la de que la pornografía está haciendo el papel de las mujeres, también tendemos a pensar que es más probable que sea cierta.

Por lo tanto, la idea de que las mujeres del estudio de caso usaban vibradores para que desempeñaran la función de los médicos (a modo de médicos), parece más claramente verdadera que la idea de que los varones usan la pornografía para que cumpla el papel de las mujeres (a modo de mujeres). Ya hemos empezado a ver por qué es esto: en mi opinión es porque no vemos que sea problemático suponer que los médicos tuvieran un rol claramente definido en el tratamiento de la histeria, rol que podemos ver, sin ningún problema, que cumplen los vibradores. ¿Qué necesitaríamos entonces para concebir el uso de la pornografía por parte de los varones como un caso claro de personificación? Es decir, ¿cuando podríamos entender que es correcto decir que la pornografía cumple, para el varón que la utiliza, el papel de una mujer? La respuesta, en mi opinión, es clara: entenderíamos que decir eso es correcto en la medida en que el varón que usa pornografía piense que las mujeres tienen un rol claramente definido, siendo ese rol sencillamente el de proporcionar satisfacción sexual a los varones. Si el usuario de pornografía pensara eso de las mujeres, entonces se podría decir que usa la pornografía a modo de mujer, puesto que la estaría usando para que haga el papel que él atribuye a las mujeres. Si vacilamos a la hora de decir que los varones usan la pornografía a modo de mujeres, como de hecho me pasa a mí misma, es porque:

a) o bien no creemos que los hombres piensen así de las mujeres porque tenemos en mente a varones que no piensan así de las mujeres, o

b) porque nos sentimos incómodos diciendo algo que se podría considerar que nos compromete con la visión de que las mujeres tienen ese rol.

Ahora ya podemos empezar a ver un vínculo entre personificación y cosificación. Los únicos usuarios de pornografía de los que se puede decir que la usan a modo de mujer son aquellos que consideran que las mujeres tienen un rol claramente definido, el de proporcionar satisfacción sexual a los varones. En mi opinión, tenderíamos a considerar a un varón así como alguien que cosifica a las mujeres. Y hay una buena razón para esto: un varón así trata a las mujeres meramente como un medio para sus propios fines (y los de otros varones).

Tratar a alguien meramente como un medio se considera a menudo la principal forma de cosificación. Si esto es correcto, entonces los varones que usan la pornografía a modo de mujeres serán sencillamente aquellos que cosifican a las mujeres, puesto que de otro modo no podríamos decir de ellos que usan pornografía a modo de mujer.

¿Pero qué ocurre con las mujeres de nuestro estudio de caso? Tal y como sugería, parece acertado decir que usaban los vibradores para que cumplieran el papel de los médicos, y que por tanto usaban los vibradores como médicos. Si esto es correcto, obviamente la siguiente pregunta (en este contexto) es si esto estaba conectado con algún sentido de cosificación.

Lo primero en lo que hay que fijarse es que, en mi opinión, el hecho de que las mujeres usaran los vibradores para que cumplieran la función de los médicos no hace que nos preocupemos por si las mujeres estaban cosificando a los hombres, o más concretamente, por si estaban cosificando a los médicos. De hecho, si hay algo que nos molesta de todo esto, parece más bien que se medicalizaran y malentendieran las necesidades y deseos sexuales de las mujeres.

Pero el hecho de que lo que estas mujeres hacían no nos produzca ningún reparo moral no contesta todavía a la pregunta de si estaban o no cosificando a los médicos. Las mujeres de nuestro estudio de caso veían a los médicos con un rol claramente definido en el tratamiento de la histeria, y sentían que ese rol podía ser igualmente desempeñado por vibradores.

En cierto sentido, las mujeres estaban tratando a los médicos meramente como medios para sus propios fines, y por tanto, probablemente, en algún sentido los estaban cosificando. Sin embargo no parece tan evidente que esto fuera algo malo. Quizá pues la moraleja sea que no toda cosificación es mala. (Aunque puede que sea conveniente señalar que probablemente sí que pensamos que sería mejor que las mujeres no tuvieran que ver así a los médicos, es decir, que fueran capaces de obtener satisfacción sexual de relaciones plenas con otras personas, o incluso de dársela a sí mismas, más que tener que contratar a alguien que lo hiciera por ellas.)

Otra posibilidad es que lo que estas mujeres estaban haciendo no constituyera un caso de cosificación. Es decir, tratar a otras personas meramente como un medio para los fines propios, aunque está conectado de forma importante con la cosificación, no es suficiente por sí mismo para decir que hay cosificación. Esto parece razonable. Después de todo, es muy común usar a personas para que realicen una función, y a menudo éstas son funciones que pueden realizar objetos -por ejemplo, un lavavajillas. Sería muy extraño mantener que cada vez que usamos a una persona para que desempeñe una función como ésta constituya un caso de cosificación. Esto sugiere que se necesita algún elemento más para poder hablar de cosificación. No obstante, tratar a una persona meramente como un medio parece estar estrechamente vinculado a la cosificación -como mínimo, es una condición necesaria clave de una forma fundamental de cosificación. Puede entenderse por tanto que el trato de las mujeres hacia sus médicos involucraba un componente crucial de la cosificación. Pero para determinar si estas mujeres estaban cosificando a sus médicos o no necesitaríamos averiguar exactamente qué se requiere para poder hablar de cosificación, y esto es algo que excede los propósitos de este trabajo.

Hemos visto que, sorprendentemente, la personificación y la cosificación parecen estar conectadas, después de todo. La conexión real es que la personificación presupone un elemento crucial de la cosificación: se puede atribuir personificación a alguien si también podemos tomar por verdadera la correspondiente atribución de que trata a otros meramente como medios para sus propios fines. Si pensamos que un varón en particular considera que el rol de las mujeres es simplemente el de proporcionarle placer sexual, nos sentiríamos bastante cómodos diciendo de él que usa la pornografía para que desempeñe el papel de una mujer, o incluso que usa la pornografía a modo de mujer. Pero es que ese varón ya es alguien que ve y trata a las mujeres sencillamente como un instrumento para conseguir sus fines. Esto indica que ya está presente un elemento crucial de la cosificación.

La verdadera conexión entre personificación y cosificación

Más aún, al contrario que en el resbaladizo caso de las mujeres y sus médicos, parece bastante claro que un varón así es alguien que cosifica a las mujeres. Así que es el hecho de que cosifica a las mujeres lo que nos permite decir que personifica la pornografía. Si por el contrario, un varón no piensa que las mujeres tengan un rol claramente definido, entonces no tendrá sentido decir de él que usa la pornografía a modo de mujer. No podemos entender en qué consistiría que la pornografía desempeñara el rol de una mujer cuando estamos hablando de alguien que no asigna ningún rol particular a las mujeres (esto es, si nosotros mismos no asignamos ningún rol a las mujeres).

¿Qué grado de conexión hay, entonces, entre el uso de la pornografía como mujer por parte de los varones y la cosificación de las mujeres? Bien, la respuesta es compleja. No siempre pensaremos que es correcto describir el uso masculino de la pornografía como un varón usando la pornografía a modo de mujer. (De hecho, muchos de nosotros pensaremos en muchas ocasiones que esta descripción es incorrecta.) Pero cuando sí creamos que es correcta, será porque pensamos que el varón en cuestión es ya alguien que cosifica a las mujeres.

He concluido por tanto que existe una conexión entre personificación y cosificación, y que ésta no se limita al uso masculino de la pornografía y de hecho puede que no sea ejemplificada por él. Más bien esta conexión consiste en que, en general, no podemos entender realmente que alguien está personificando objetos a menos que ya pensemos que tiene esa determinada actitud que constituye un elemento clave de la cosificación. No necesitamos preocuparnos, por tanto, por que la personificación de cosas conduzca a la cosificación de las personas. Si acaso, deberíamos preocuparnos por el hecho de que la cosificación de personas conduzca a la personificación de objetos, pero dado que esto no nos preocupa moralmente no es muy probable que nos vaya a quitar el sueño.

Traducción de Marta I. Moreno Pizarro

Referencias bibliográficas

Haslanger, Sally (1993), «On Being Objective and Being Objectified» en Louise M. Antony y Charlotte Witt, *A Mind of One's Own: Feminist Essays on Reason and Objectivity*, Boulder, CO, Westview, págs. 85-126.

Langton, Rae (1993), «Speech Acts and Unspeakable Acts», *Philosophy and Public Affairs* 22, 4, págs. 293-330.

- (1995), «Sexual Solipsism», *Philosophical Topics* 23, 2, págs.149-187.

MacKinnon, Catharine, (1993) *Only Words*. Cambridge, MA, Harvard University Press.

Maines, Rachel (1998), *The Technology of Orgasm: «Hysteria,» the Vibrator and Women's Sexual Satisfaction*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.

Nussbaum, Martha C. (1999), Objectification. En Nussbaum, *Sex and Social Justice*. Oxford, Oxford University Press, págs.213-239.

Vadas, Melinda (inédito), «The Manufacture- for-use of Pornography and Women's Inequality».

Winterson, Jeanette (1992), *Written on the Body*, Londres, Jonathan Cape.

Jennifer Saul es doctora en Filosofía por la Universidad de Princeton (EEUU) y en la actualidad profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Sheffield (Reino Unido). Su campo de trabajo principal es la filosofía del lenguaje y el feminismo. Entre sus obras cabe destacar *Feminism: Issues & Arguments* (Oxford University Press, 1993). En 2003 recibió el Premio Philip Leverhulme.

¿Desea opinar sobre este artículo en el foro? Pinche **aquí**.

Todos los artículos que aparecen en esta web cuentan con la autorización de las empresas editoras de las revistas en que han sido publicados, asumiendo dichas empresas, frente a ARCE, todas las responsabilidades derivadas de cualquier tipo de reclamación

